



¡EJESE usted de fastidiar con lo de la sonrisita volterriana!

Así me respondía Julio Camba, sin des- hacer por eso su sonrisa; con lo que se veía que no protestaba de que yo se la atribuyera, sino que no abandonase el estribillo, al verlo aparecer entre los "compañeros".

Mi estribillo era:

— ¡Aquí viene el hombre de la sonrisita volterriana! Hombre, por su género: porque a fines y principios de siglo, Camba era un muchachito con cara de muñeca y andar desgarrado. Daba un paso a derecha y allí se le iba todo el cuerpo: daba el otro a izquierda, y también hacia ese lado echaba toda su personilla. Y de derecha a izquierda, arrojábase siempre hacia adelante. Parecía el niño que se detiene y vuelve ante quien lo corre, y desea por aquella extratragema confundirlo sobre la dirección que ha de tomar. Encima de ese zarandeo, sonreíase sin cesar la cara de porcelana rosada.

Cara de muñeca, dije. A todos le hacía la misma impresión.

Cierta vez mi hermano el Indio andaba preguntando por toda la casa quién era esa muchachita que estaba hablando con- migo. Como le respondían

que era muchachito y no muchachita, él, que no le había visto más que la ca- ra, se resistía a creerlo. Pero lo creyó luego, mu- riendo de risa. Salía a mi lado el hombrequito, con el paso y el rostro que he di- cho, pero cubierta la cabeza con un galerón gris per- la, algo así como una media chistera de alas abar- quilladas.

Camba sabía que asombraba a las gentes así en- sombrerado, y su sonrisita se le afinaba más.

La pamelita gris había sido un obsequio de su primer y último amigo en la Argentina: Basterra.

De tal guisa, con la traza y pinta de una calco- manía inglesa, hizo Julio Camba su entrada en los campos sulfúreos y procciosos de la anarquía por- teña.

"¡O demo d'humorista!"

Pero, ¿qué es un humorista?

No sabríamos responder si en todos los casos es lo que en Camba, o se forma como se formó en Cam- ba. Lo de ser risueño y burlesco le venía de na- tura. Era el mozo gallego que entre otros mozos es siempre bromista, y sabe tanto darlas como re- cibirlas. Pero Camba fué al comienzo un niño sen- timental: padeció las imperfecciones del mundo, quiso pelear para enderezarlas, y no bien lo quiso, vió que su lanza resultaba impotente, que el blan- dirlo significaba locura, y convirtió la lanza en sonrisa.

Por lo demás, como dijimos, ya la sonrisa la traía consigo; sólo que desde entonces le dió in- tención, es decir, un modo menos belicoso de lucha.

Por aquel entonces Camba compartía con un farolero una pieza de inquilinato nuevo en barrio nuevo: Díaz Vélez por el 4000. La pieza, amplia, con dos catres, uno en cada rincón del fondo, de- jaba mucho espacio libre. Mediante caballetes y unas tablas que allí había, Camba y su compa- ñero armaban por la noche una larga mesa, que era rodeada por diez o doce hombres. Así quedaba constituida la clase de los faroleros. No que aque- lla fuera una academia en que se enseñaba a encen- der faroles a querosene, sino que allí los faroleros gallegos del barrio aprendían lo que no habían apren- dido en su "terriña": a leer, escribir, sacar cuentas y algo más. Camba, hijo de médico, natural de una aldea gallega, había llegado a la Argentina en muy otras condiciones que sus coterráneos: sus lu- ces no eran de farol, sino de libros. Ya que no lo nombraban aquí ministro de instrucción, demos- traría al menos que podía serlo. Misión sentimen- tal la suya, pues nada tenía Camba, a la postre, de maestro palmeta. Bien es verdad que con ello se ganaba el pan; pero se lo podía haber agenciado de otro modo, si el dignificar a sus paisanos no hubiera sido una tarea santa... y tan a su alcance. Labriegos misérrimos en Galicia, habían buscado los puertos para embarcarse y partir lejos. La dulce Rosalía de Castro, tan sólo, y Camba, que también era entonces poeta, habían presenciado el desfile de los desdichados emigrantes "con el corazón opre-



CARICATURA DE JAIME
Julio Camba

Julio Camba, maestro de faroleros

Los comienzos del célebre humorista en Buenos Aires

Por

EDMENDO MONTAGNE

so y triste". Camba quiso seguirlos en la aventura, y una vez en la Argentina continuó sintiéndose her- mano de aquellos con quienes había comulgado en el dolor del suelo común, "siempre pasto de la ruindad y la ignorancia".

Así se quejaba la dulce Rosalía, alma de la más humana Galicia. Y diciendo sus versos, sus "airiños",

veníamos por la tarde, Camba y yo, desde aquella cu- riosa academia de nuestro arrabal, hasta mi casa más céntrica, donde si el mate hacía que Camba olvidara el terruño, en cambio el quesito de cabra con que lo compensaba y el ambiente familiar en que merendába- mos facilitábase su retorno "a la", y la repetición de versos de la "saudosa" Rosalía, del sarcástico y rebelde Curros y de él mismo. En este último caso, no frecuen- te. Camba decía su "Recordos" y sus coplas de "alalás".

¡Terruño si los hubo, el actual cronista burlesco! Y en cuanto a poeta, "yo no fui poeta porque me faltó el "destinillo" en un ministerio", confesó hace poco.

Si no basta lo referido para probar el sentimental que fué Camba, lo probaríamos con sus crónicas de iniciación en los periódicos ácratas. Tenemos un re- corte a la vista. "Negro, muy negro" se titula el ar- tículo, y, entre paréntesis, "Apuntes de café-concert". Camba se apena en él de las chicas que, una por vez, salen a danzar o a cantar o a muequear ante un público compuesto de imbéciles que berrean.

Pero, ¿no se le escapa alguna ocurrencia? Si. A pesar de lo "negro, muy negro", no puede menos de hacer un juego de pa- labras, que es a la vez un chiste. En la segunda crónica hará dos; en la tercera, tres o cuatro... Así fué aprendiendo a

señalar males con gracia. Y mientras las gracias aumentaban, morían los sapos y las culebras de la protesta airada. ¿Com- prenderían los compañeros un propagandista rojo de tal jaez? Fué el chancero entre camaradas, pero sin

manoteos ni guasa burda, a punzadas entre sonrisas. Sus bromas eran, como quien dice, las púas del rosaí, pero también las rosas. Y de cómo se divertía su alma de niño curioso en el mundo de los terroristas fabricantes del paraíso es dable sólo apreciarlo le- yendo sus memorias. Porque Camba escribió sus me- morias, fantaseadas, se entiende, en una novelita "El Destierro", que es una obra maestra de ambiente y de tipos.

Julio Camba fué uno de los primeros desterrados de la Argentina, en 1901, cuando se dictó la ley de residencia, con motivo del gran paro obrero de aquel año. Tales sucesos forman el asunto de "El Destierro", única novela de Julio. (Las otras son de Francisco.)

Entre los lugares referidos en ella aparecen el "Felsina", café de cómicos y líricos italianos, don- de, en mesa aparte, los "de la idea" soñaban con las delicias de la próxima inmediata sociedad hu- mana de su invención; la casa de Orsini, madri- guera de tales furibundos idealistas; la Casa Sui- za, donde los mencionados bailaban como si no fue- ran devoradores de niños crudos; la Rotisserie Sportman, restorán para gente rica, desde el cual, por insidia satírica, Camba dice haberse declara- do "la Social"; el bajo de la escalera del sótano de "El Figaro", cuevita horrorosamente lóbrega, de donde sin embargo, por arte incomprensible, sa- lía "El Sol"... de Ghirardo.

¿Tipos? De algunos de ellos bastan las referen- cias de Camba para verse que lo eran; de otros, sólo nos ofrece el nombre, pero sabemos que lo han sido: Ghirardo, Florencio Sánchez, la Virginia Vollen, Orsini, Montesano, Ristori, el doctor Gori, el viejo Greck, Pazzarini, Troitiño, Locascio, Mat- tey y algunas mujeres como ángeles protectores en los malos momentos...

El globetrotte de las burlas que sería con el tiem- po Camba, ensayábase sobre los lugares, diciendo: "Soy natural de Villanueva de Arosa, un pequeño pueblo de la provincia de Pontevedra, adonde no ha llegado aún, tal vez por dificultades postales, la noticia del número y del fenómeno."

Se juzga como autor de "El Destierro": "El pú- blico se imaginará que yo soy únicamente el autor de esta novela; pero en realidad soy algo bastante más importante: soy el protagonista. A los diez y seis años yo era protagonista de novelas, y a los veintidós las escribo. Indudablemente he decaído mucho."

Discurrir sobre un "baila anarquista": "Antes de pasar adelante debo aclarar el concepto. Yo no creo que el baile pueda tener jamás un carác- ter político. El tango es el tango, y su influjo se produce de igual modo sobre los

(Continúa en la pág. 69)

Recordos

Por

JULIO CAMBA

¡Eu non sei como foi! Soilo alembro
na mente dorida,
o recordo tristeiro e punxente
d'un barco fuxindo con rumbo a estos crimas;
d'unha praya que ó manto da néboa
c'os ceos fundía;
e d'un pobo cuberto de casas
que ás ledas rayolas do sol relucían,

¡Ay! De cote verei, onde queira
que os ollos dirixa
a poética imaxe do pobo
que d'endes do barco mirei aquel día
Ali abrín miña y-alma ós lumiares...
eternos e fouchos do sol e da vida;
ali, alegre, choutei de pequeno
por montes, por corgas, por vals, por campías;
e ali, en fin, d'unha nai gasalleira
sentín as suaves e puras caricias...

¡Eu non sei como foi! Pero quero
mandarlle á terriña
— xa que d'ela m'atopo alongado
por mares inxentes — envoltos na brisa,
un salayo, unha bágoa, un queixume,
sinxelos intérpretes da mágoa bendita
que me embarga por vel'os meus lares,
o ceo purísimo da amada Galicia
e aquel pobo formado de chousas
alegres e brancas, das qu'unha... ¡e a miña!

Grogghe

te consagratorias como "La incompre-
sible Albión — Sus mujeres y su moral
— Cómo se ama con un corazón in-
glés", aparecidas en el "Mundial", de
Darío.

La soltura y la gracia de sus crónicas
se aprecian desde entonces en libros y
más libros: "La rana viajera", "Cam-
pos, ciudades y montañas"...

Y hoy Camba, alma de clown, humo-
rista formidable, es un hombre frío y
superficial que a la vida no le da im-
portancia, y sonríe de las piruetas hu-
manas porque siempre está en el secre-
to de lo grotesco".

Esto dice su compañero Estévez Or-
tega. Pero Basterra, desde el otro mun-
do (pues Basterra ha muerto), le envía
radiogramas de tenor diferente. "Cam-
ba — suele decirle, — si alguna vez te
digo que vengas, desoye a tu mejor
amigo: no me hagas caso, como no lo
hiciste cuando te instaba a que partie-
ras conmigo a Montevideo con el fin
de rehuir los efectos de la ley de resi-
dencia. Yo los rehuí, y torné a la Ar-
gentina. Pero me aburría últimamente
allí. Quise defenderme del fastidio con
el copetín. No logré sino caer antes de
tiempo de este otro lado, donde tam-
bién me cansa tanto violín y viola y
cánticos de alabanza al Amo Común.
Mira, chico: a ti, en cambio, te defien-
de la sonrisa. Ella no te engañará como
a mí el drogui. Sigue paseándote por la
esfera terráquea. Digan lo que quieran:
de aquí la veo y me parece hermo-
sa. Sigue paseando y sonriendo. Pero,
atiéndeme: ponte la pamela gris que te
regalé. Te juro que tienes derecho a
usar esa galera de gran señor y que
debes por tanto llevarla puesta, ga-
llardamente, sobre todo cuando vuelvas
a la Argentina, donde los poderosos te
están abriendo las puertas. ¡Feliz de
ti! Te envidia... y te aplaude, Bas-
terra."

to. Suspende por un momento sus humoradas para confesar: "El coche comenzó a rodar, y a poco entró en la Avenida de Mayo. Era ésta la calle más céntrica y más bonita de Buenos Aires. Yo miraba los cafés, donde tantas veces había estado; los teatros, donde tanto me había divertido; las aceras, por donde había paseado tantas veces, y sentía que los recuerdos brotaban de mi corazón a borbotones, ardientes y encendidos, como podría brotar un chorro de sangre. Algo mío se quedaba allí, y yo volvía la cabeza para dirigirle una última mirada. Lo que se quedaba allí era un trozo de mi vida, el más intenso, seguramente, y el más lleno de encantos."

Pero a bordo, encerrado y con centinelas, su humorismo renace: "En la enfermería había una de esas ventanillas redondas que hay en el casco de los buques y por las que difícilmente cabe la cabeza de un hombre. Esta ventanilla daba a la dársena, y para evitar que, si adelgazábamos de pronto, pudiésemos fugarnos por allí, un soldado se paseaba en la dársena, junto a la ventanilla, y tenía el máuser montado. Yo sentía cierta emoción. Aquellas precauciones me realzaban a mis propios ojos, haciéndome creer que yo era un hombre realmente peligroso y temible."

Llegado Camba a España, funda "El Rebelde" y se mete con todo Dios, como dicen por allá. Un artículo titulado "Yo y Maura" da con él en la cárcel lo hace célebre de un porrazo. Respecto a los procesos que por bochinchería formaron en años sucesivos, dijo hace poco: "Sumé una vez los años de reclusión que me pedían por cada uno y dió un total de ciento ochenta." De éstos no llegó Camba a purgar uno, como dijimos antes, mientras el rebelde moría, iba naciendo el humorista, que se estrenó acaso con "El destierro" y llegaría a escribir páginas mundialmen-